



Enseñanzas de la Divina Infantita a sus Esclavos.

HOY nos pide la Santísima Virgen que hagamos la voluntad de su divino Hijo y en ella la de su Eterno Padre, porque quien cumple la voluntad de Jesús está cumpliendo la voluntad de Dios. Hagámosla nosotros y entonces la Divina Niña le rogará a Nuestro Señor como lo hizo en las Bodas de Caná que convierta para todos los esclavos el agua en vino, como quien dice: «que todos lleguen a gustar las dulzuras de la unión con Dios, las dulzuras de la contemplación, y las dulzuras de las mociones divinas, que ya hemos gustado algunas veces; pero, que no nos damos cuenta de ellas, que no las conocemos porque acostumbrados a todo lo brusco, a todo lo que carece de finura, no distinguimos ese lenguaje suavísimo de Dios Nuestro Señor, y por eso siempre nos estamos quejando de que no tenemos oración, de que vamos a ella y nada sentimos, porque sin duda esperamos que Nuestro Señor Jesucristo baje en persona a platicarnos y nos manifieste su presencia de un modo sensible. Por eso cuando oímos contar a alguna persona algo de oración nos quedamos sin saber que pensar y preguntamos: «Pero eso, ¿cómo lo vió? ¿como oyó, que le dijo Dios?» No, no; Dios no se presenta de la manera que creemos; sus manifestaciones son suavísimas, casi ni se sienten. Muchas veces tenemos esas mociones interiores, cuando nos encontramos fuertes para luchar, cuando sentimos fortaleza para el vencimiento, cuando apetecemos desprecios, cuando sentimos esos ardientes deseos de amar con locura, y pedimos sacrificios, porque estamos ávidos de ellos, es Dios quien nos inspira ese deseo, y quien nos sostiene para llevarlo a cabo; y apesar de eso, estamos pensando: «Dios no viene conmigo, yo no he probado la contemplación, no sé como será la unión con su Corazón Santísimo.» Queremos saber a lo que saben esas contemplaciones? no hay más que un medio de probarlas: el sacrificio. Cuando Dios Nuestro Señor nos ve dispuestos, cuando nos encuentra decididos a sufrir, entonces es cuando le regala a sus almas esas mociones dulcísimas que les hacen desear la santidad a todo trance, aún cuando les cueste muy caro el adquirirla.

Pues bien, la Divina Niña es la encargada de conseguir esa gracia, porque así no nos la podrá negar Nuestro Señor; la negaría por tratarse de nosotros tan miserables, pero siendo la intercesora su Madre Santísima, no le niega el favor que le pida y le concederá que como en las Bodas de Caná, se convierta el agua en vino para nosotros los esclavos; pero ya sabemos que una gracia de esa naturaleza requiere, por parte nuestra, una completa sumisión a la voluntad de Dios, una obediencia perfecta, como fué la suya y como sigue siendo.

Constantemente nos está dando ejemplos, nuestro divino Rey Sacramentado de esa virtud encantadora. ¿Podrá haber mayor sumisión que la del Sagrado Corazón de Jesús? El vive en el Sagrario sujeto a la voluntad del primero de los hombres que quiera tocarlo, sacarlo, acercarse a El; y lo mismo obedece al primero de ellos que al último. ¿Acaso se ha visto que se niegue Nuestro Señor a ir a las manos de un sacerdote y que diga: —«A éste no lo obedezco, porque es duro; a este otro tampoco, porque es malo; con éste no voy, porque es un pecador? ¿Cuándo se ha dado el caso de que una Forma consagrada se resista a pasar de las manos del sacerdote al pecho de una criatura, por indigna y miserable que sea? Nunca, porque la obediencia y sujeción de Dios Nuestro Señor en ese adorable Sacramento no tiene límites.

Pues así debe ser la obediencia de los esclavos. ¿Qué les importa a los que desean ser esclavos que quien les mande sea duro o suave, ni que les mande con buen modo